

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local. Los cuatro cuadros principales y el círculo que lo adornan, en los que se desenvuelve con claridad, merced a bien pensados grupos de figuras, las alegorías de el te, el café, el chocolate, los licores y los helados serían siempre verdadero motivo de alabanza por el esfuerzo de originalidad e ingenio que supone armonizar felizmente ideas tan vulgares con formas y efectos artísticos, si ya por la maestría de las composiciones, la pureza de los contornos y la frescura del colorido no fueran todos ellos verdaderas obras de arte, dignas del nombre de su autor, que aun en estos, para él fáciles trabajos, deja siempre marcada la huella del talento.

La elegantísima ornamentación estilo de Luis XV que completa el decorado de los salones, y en la cual sobre fondo blanco con filetes, florones y molduras de oro, lucen caprichosas grecas, cuadros de paisaje, pájaros y flores vistosas, está en perfecta armonía con la distinción y elegancia que reinan hasta en los menores detalles, y constituyen un trabajo que honra a sus autores, los señores Terry y Busato, verdaderas especialidades en este género.

CIRCO DE MADRID

DECORACION Y ESCENA DEL
PRIMER ACTO DE "MIGNON"

No es preciso ser muy viejos para recordar la época en que nuestros teatros no tenían por todo recurso de aparato escénico más que la consabida baraja de decoraciones de palacio, calle corta, casa pobre y selva, con tres o cuatro trastos sueltos para transformaciones tan inocentes como la de *La pata de cabra* o *Los polvos de la madre Celestina*. Sobre este obligado fondo habían de destacarse las figuras de los actores, cuyo exiguo guardarropa inventarió con tanta gracia el inimitable Fíguro en uno de sus mejores artículos.

Cierto es que con tan pobres recursos todavía encontraba el arte medios suficientes para cautivar al auditorio, y los tiempos de Máiquez, Latorre y Romea serán siempre memorables para los amantes de la escena española. ¡Pero qué mucho que la musa trágica y cómica se dignaran descender al templo donde se les rendía culto con fe, ya que no con ostentoso aparato, si sobre cuatro tablas y al

aire libre nació el teatro de Lope y Calderón y las tragedias de Shakespeare se representaron teniendo que decir en un cartel al comenzar cada uno de sus actos: «Este es el foro de Roma, el castillo de Ellingor o una plaza de Venecia»? Lo que faltaba al artificio escénico lo suplían la potencia de la creación, el talento de los intérpretes y el entusiasmo del público.

Al llegar a un período de decadencia para el teatro, y no local, sino que en mayor o menor escala se advierte en toda Europa, lo accesorio se ha sobrepuesto a lo substancial, y las otras artes que sólo debían concurrir como auxiliares a realzar la concepción del poeta, procuran vestir de hermosas apariencias el esqueleto de las modernas producciones. Algo es algo. En Francia, muy particularmente, alcanzan gran éxito, y no sin razón, obras cuyo principal mérito consiste en la profusión y bondad de las decoraciones, la propiedad y el lujo de los trajes y el número y la belleza de las figurantas. Ni tampoco en los teatros de Alemania e Inglaterra, donde poco notable se produce actualmente, desdeñan estos poderosos recursos para atraer la multitud y conquistar su favor.

En nuestro país, después de flotar algún

tiempo en el limbo; después de componernos del mejor modo que nos ha sido posible para tener teatro, resolviendo el difícil problema de interesar al público, sin obras de importancia, sin actores notables y sin aparato escénico, comenzamos a sentirnos arrastrados por la corriente general, exigiendo también que al menos, ya que no nos hablen al corazón, nos hablen a los ojos. Algo es algo, dijimos más arriba, al apuntar ligeramente el carácter del movimiento que se observa en la escena de otras naciones. Y, en efecto, por todos los sentidos se llega a la inteligencia; una obra artísticamente decorada y vestida con la propiedad y el lujo de detalles propios de un lugar o una época precisa, es casi una lección de historia, de arqueología e indumentaria. Además, el espectáculo de lo bello en cualquier forma que se presente levanta la mente a nobles aspiraciones. Yo, que profeso esta teoría, creo de todas veras que una mujer hermosa civiliza tanto como un libro. Sin querer, al contemplarla se buscan sus afinidades y se encuentra al cabo que la virtud es, en el orden moral, lo que en el físico la hermosura. Justo es, por lo tanto, que procuremos animar a las Empresas, que co-

mienzan a considerar las especulaciones teatrales bajo este punto de vista.

Al hacerse la revolución en el sentido indicado, el teatro de la Opera italiana rompió la marcha. Todavía nuestra escena nacional se mantenía firme en sus trece de la selva con follaje de verde, de ventanas de casa pobre, con la consabida estampa pegada a la pared, y sus aristócratas invitados a los grandes bailes con guantes blancos de hilo y manos que recordaban los que abren las portezuelas de los coches, cuando ya las obras de algunos maestros inmortales se habían visto exornadas de grande aparato en el coliseo de la plaza de Oriente. Aún después de haber perdido el nombre, nuestros clásicos corrales de las comedias se han resistido heroicamente a perder los hábitos y la hechura. Poco a poco las exigencias del público, la iniciativa de algunos inteligentes actores y las condiciones de artistas que realmente conocen el arte en cuanto se relaciona con la pintura escénica, han cambiado la fisonomía de nuestros teatros, ya exornando la sala con adornos y techos de color y gusto, en armonía con su destino, ya dando nuevo interés a la escena, merced a las decoraciones, la propiedad y la

elegancia en los trajes, y el escrupuloso estudio de los accesorios.

Larga tarea sería el enumerar cuanto se ha hecho en este camino, con más o menos resultado; hoy sólo cumple a mi propósito decir algunas palabras acerca del nuevo teatro establecido en el Circo de Madrid, cuyo activo e inteligente empresario y dueño, así sabe presentarlo al público como brillante hipódromo, como salón de conciertos o, finalmente, transformado en elegante y fresco teatro de verano, destinado a dar a conocer al público de Madrid las mejores producciones de la ópera cómica francesa, exornadas con el aparato y el lujo que son en París uno de sus rasgos más característicos.

Secundado en esta empresa por los pintores escenógrafos señores Ferri y Busato, cuyas obras se han aplaudido ya tantas veces, y habiendo tomado a su cargo la parte de composición y figuras que exornan la sala un artista tan reputado e inteligente como el señor Vallejo, no hay para qué decir que el señor Rivas ha conseguido lo que deseaba.

Los críticos musicales podrán discutir acerca del mérito respectivo de los cantantes que forman la compañía; el público podrá dividirse en encontrados pareceres sobre la opor-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

tunidad de éste o aquél género importado de la nación vecina; pero todos convendrán en aplaudir el esfuerzo hecho para presentar la ópera francesa en condiciones dignas de un público ilustrado y de buen gusto, admirando muy particularmente la decoraciones que en *La bella Elena*, *Los mosqueteros de la Reina* y últimamente en *Mignon*, hubieran bastado a conquistarle al señor Ferri un alto puesto entre los pintores escenógrafos de primera línea, si ya no se le hubieran alcanzado las muestras de fecundidad y talento que ha dado en obras anteriores.

EL DOS DE MAYO EN MADRID

Las páginas de nuestra historia contemporánea están llenas de nombres y fechas más o menos gloriosas, que en vano los diferentes partidos políticos se han afanado por perpetuar, decretando en su honor fiestas nacionales, para que un acontecimiento o una figura vivan con la vida de la gloria, que prolonga su existencia al través de las generaciones, no basta un decreto de la *Gaceta* o el acuerdo de una Cámara; es preciso que hieran las fibras del corazón del pueblo, que se graben en la memoria de las masas y que éstas se lo transmitan de padres a hijos, vistiéndolos, a medida que pasan los años, de esas galas de la imaginación, que constituyen su aureola, y son, por decirlo así, el origen de la leyenda.

El Dos de Mayo en Madrid reúne todas estas condiciones, y por eso basta citar esa fecha gloriosa para que el pueblo recuerde el acontecimiento a que se refiere y los nom-

bres y los más insignificantes detalles de los héroes que en él figuran.

Alguna vez se ha hablado de si es o no político prolongarse el recuerdo de una fecha que podría mantener vivo el espíritu de odio entre dos naciones vecinas. Las grandes virtudes excluyen las pequeñas pasiones; y el monumento del Dos de Mayo, por más que Nicasio Gallego dijese de el

Altar eterno sea,
donde todo español al galo jure
rencor de muerte, que en sus venas cunda,
y a cien generaciones se difunda.

el Dos de Mayo, repetimos, más que un monumento de odio es ara levantada en honor del sentimiento de independencia, el más noble y el más digno de conservarse puro en un gran pueblo.

La cuestión ofrece, pues, muchos puntos de vista, y no es seguramente el menos ilustrado el de los que desean se conserve la costumbre de conmemorar en ese día los nombres de las ilustres víctimas que derramaron su sangre por el amor de la patria. Ni aunque se acordase quitar a esta ceremonia todo lo que

puede tener de oficial, el pueblo de Madrid olvidaría esta fecha. Acaso faltaría a la solemnidad el aparato de las Corporaciones que a ella concurren, el del Ejército, que contribuye a su ostentación con su presencia y la anuncia con el estampido de los cañones; pero el pueblo de Madrid, que sabe de memoria la triste y gloriosa relación de aquellos acontecimientos, recorrería mañana como hoy esa especie de viacrucis, cuyas estaciones recuerdan cada una el nombre de una víctima, repitiendo a sus hijos: este es el parque de Monteleón, teatro de la hazaña de nuestros padres; en aquel pequeño cementerio de la Moncloa duermen el sueño eterno los que cayeron bajo el plomo de los invasores en la montaña del Príncipe Pío; junto a ese muro fusilaron un grupo de patriotas; allí reposan las cenizas de los improvisados jefes del movimiento; ¡esta es, en fin, la casa de Daoíz! Y una corona de siemprevivas puesta por una mano ignorada sobre la tumba de los héroes; un paño negro y una cruz, altar improvisado en el histórico rincón de una calle; una rama de ciprés suspendida de las humildes tapias de un cementerio, encontrando, como encontrarían siempre, eco profundo en la masa po-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER:

pular, valdrían tanto como las más ostentosas ceremonias oficiales, siempre vanas y frías, cuando no responden a un sentimiento que, sin distinciones de partidos, vive en el corazón de todo el país.

T I P O S D E A V I L A

LA famosa romería de la Virgen de Lourdes, cuya pintoresca ermita se encuentra situada a una media legua de la ciudad de Avila, reúne en el espacioso atrio que sirve de ingreso al templo multitud de gentes de todas clases y condiciones, venidas de diferentes pueblos de la provincia.

Como puede calcularse, esta gran reunión de personas, entre las cuales domina siempre el elemento popular, ofrece al estudio del observador multitud de tipos y trajes, a cual más variados y curiosos.

Sin embargo, que casi todos ellos ofrecen alguna particularidad notable, se puede, desde luego mencionar, como uno de los más llamativos, por su originalidad y carácter propio de aquella provincia castellana, el de las labradoras del valle de Amblés.

El sombrero de paño y anchas alas, adornado de flores contrahechas, ramilletes de siempreviva, galón de seda y vueltas de alfi-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

leres con cabezas de colores; el sencillo jubón negro sobre el cual campea el pañuelo blanco bordado y guarnecido de encaje; el airoso guardapiés amarillo franjado de rojo; la media encarnada o negra, según que la dueña sea casada ó moza; el zapatito bajo con moño de colorines o hebillas de plata; todo lo que compone su extraño atavío, forma un conjunto tan pintoresco, que bastaría por sí sólo a llamar la atención del más indiferente en materias de arte, si ya no la llamara de manera tanto o más poderosa la picaresca gracia y la gentileza y donaire de las mujeres que lo lucen.

El tipo de las labradoras avilesas no es seguramente un dechado de perfecciones clásicas, ni nada hay más distante que su expresión y sus contornos de las formas aéreas de la mujer sílfide, producto de la civilización: su nariz, ligeramente remangada; sus ojos vivos, negros y pequeños; sus labios que parecen guindas; su tez dorada como el trigo; su talle apretado y sus caderas redondas, realizan el ideal de la muchacha bonita de aldea, limpia, hacendosa y alegre, que huele a tomillo y mejorana.

T I P O S D E S O R I A

LA falta de fáciles comunicaciones y la escasa noticia que generalmente se tiene acerca de las particularidades de la provincia de Soria, son en primer término la causa de que rara vez la visiten los artistas y viajeros. No obstante, así en monumentos de arte, como en costumbres, trajes y tipos, guarda esta olvidada provincia un verdadero tesoro, que pronto desaparecerá sin que de él quede rastro, si antes no se procura consignar, ya en el lienzo, en los libros especiales o en publicaciones ilustradas.

En los aldeanos de Fuente Toba llaman en primer término la atención el colete de paño burdo y la alta montera, tan común en otras provincias, y que en Castilla sólo se encuentran en algunas localidades. El corte de jubón, y el manteo ceñido de las muchachas recuerdan la moda de los siglos medios, en que se procuraba deprimir el pecho de las mujeres, hasta el punto de hacerle casi des-

aparecer, como se observa en las esculturas, iluminaciones y tablas de aquella época.

La *capa blanca* del pastor de Villaciervos es una prenda de las menos comunes, y, sin duda, la que más recuerda el origen árabe. En los bajorrelieves de un curioso edificio bizantino de Soria (San Juan del Duero) se observan, entre otras, varias figuras de pastores en el acto de adorar al Niño Dios, y casi todas ellas llevan la característica *capa blanca* de capucha. Estos bajorrelieves son próximamente de principios del siglo XII o fines del XI, época en que no hacía mucho la provincia había dejado de pertenecer a los árabes.

En cuanto al leñador que viste una cumplida dalmática de manga suelta y deja aún flotar sus cabellos sobre el hombro, recortándolos en forma de fleco sobre las cejas, con la barba crecida y fosca, calzado de abarcas de cuero cuyos cabos suben dando vueltas hasta la mitad de la pierna, y con el hacha sujeta a la cintura por un cinturón de cáñamo, se tendría el tipo más general del hombre del pueblo español en diferentes períodos históricos. Recuerda la gente *bracata* de los celtíberos, que con tanto denuedo pelearon en Numancia, junto a cuyas ruinas

viven. Trae asimismo a la memoria el tipo del siervo godo y el del plebeyo castellano de la Edad Media. El pintor de Historia que, dejando a un lado los modelos académicos y vulgares, se empapase en el carácter de estos tipos, ganaría mucho bajo el punto de vista de la verdad y belleza de sus cuadros.

En el discurso de la publicación de nuestro periódico tendremos tiempo de ocuparnos de la provincia de Soria, dando a conocer algunos de sus más notables monumentos de arte, entre los cuales los hay de gran interés y completamente desconocidos, al par que trazaremos cuadros de las antiquísimas y tradicionales costumbres que aún se conservan en la capital y en muchos de los pueblos de la provincia.

De este modo, y haciendo extensivo este género de estudios a las diversas localidades de España, procuraremos llenar el vacío que se nota por falta de una publicación especial destinada a recoger tan curiosos datos.